que se importaban á Roma eran adquiridos por el Erario público ó devengados como tributos de las provincias conquistadas, y de ellos hacían distribución gratuíta entre los ciudadanos, que llegaron á considerarlo como un deber del Estado. La carrera de las armas era la única considerada como digna de los hombres libres, pues que hasta la agricultura dejó de considerarse como tal á la caida de la República, y pronto dejaron sentirse los efectos de estas cosas en el fértil suelo de la Península Italiana.

Eran, pues, los romanos compradores tan sólo, y esto porque necesitaban para la satisfacción de sus necesidades y su lujo del auxilio de los demás pueblos, de los que recibían los inciensos y perfumes arábigos, el oro, los esclavos y animales feroces de la Etiopía, la plata y otros minerales de la Península Ibérica, las perlas, marfil, telas y piedras preciosas de la India, los granos de Sicilia, Egipto y Africa del Norte, las frutas de Smirna y del Asia oriental, las obras artísticas griegas, el papel y el vidrio del Egipto, los vinos de Francia, el ambar de Germania, etcétera, etc.

Reconocemos y somos los primeros en sostener que Roma significó un grande retroceso en los adelantos comerciales, pero estamos muy lejos de suponer con monsieur Scherer, que á Roma se debe la vuelta de la barbarie y que «la pequeña Fenicia ha merecido más de la humanidad, que la dominadora del mundo con todos sus triunfos y trofeos» pues que si bien es cierta esta aserción mirada bajo el punto de vista comercial, dista muy mucho de serlo bajo el prisma de la cultura general, de la que Europa y el mundo entero es, sin duda alguna, deudora, y en grandísima parte, á las obras y á los adelantos llevados á cabo en el largo período en que la ciudad del Tiber rigió los destinos de la humanidad.

CAPÍTULO III.

EL COMERCIO EN LA EDAD MEDIA.

1.° Estado de Europa á la caída del imperio de Occidente.—2.° Los germanos.—3.° Primeros adelantos en el comercio.—4.° Las ferias en la Edad Media.—5.° Las cruzadas.—6.° Venecia.—7.° Génova.—8.° Otros pueblos italianos.—9.° Flandes y la liga anseática en Alemania.—10. Francia é Inglaterra.—11. España.

1.° *Estado de Europa á la caida del imperio de Occidente.*—A la separación del imperio romano, el de Occidente sacudido por las violentas irrupciones de los bárbaros, y sin que en el envilecido carácter romano quedase ninguna de aquellas cívicas virtudes que tan alto elevaron el nombre de sus progenitores, virtudes capaces de contrarrestar con la fuerza los ataques de sus enemigos, entregados los ciudadanos á la molicie, á los más enervantes placeres, al lujo, á la inmoralidad, fueron impotentes para defender el sagrado legado que de sus antecesores habían recibido y el coloso de Occidente, aquel imperio, aquella Roma, que durante tantos siglos había sido la incontestable é incontestada señora del orbe conocido, hundióse bajo el peso de las férreas vestiduras de los bárbaros, desapareciendo su poderío bajo la destructora mano de los

germanos. El desorden, la dispersión, la destrucción de todo lo existente que siguieron á aquel cataclismo, fueron de tal magnitud, que necesitóse todo el largo período de la Edad Media para que, instalándose cada uno de los pueblos invasores en parte de los terrenos conquistados, y posesionándose de los frutos de sus victorias, desapareciese aquel constante batallar, aquella intranquilidad siempre en aumento, aquella sucesión de conquistas nunca interrumpida, que imposibilitaron por completo el regular y normal desarrollo del comercio.

El cristianismo, que protegido tan sólo por la verdad y sencillez de su doctrina, sin más armas con que extender sus doctrinas que las palmas de sus innumerables mártires, fué el único que por medio de sus ya numerosos adictos salvó algo de aquel caos, conservando así para los mundos venideros no pocas conquistas de la civilización, que de otro modo hubiesen desaparecido entre la general y absoluta ignorancia de los pueblos vencedores. Por otra parte, la verdad del Evangelio, abriéndose paso por las tinieblas que oscurecían á la humanidad, conquistó paso á paso, pero sobre terreno firme, el puesto que en el mundo le correspondía, desarrollando y extendiendo por todos lados la vivificante savia de sus enseñanzas, que elevando á la mujer y al esclavo de la condición en que hasta entonces habían vivido sumidos, y prometiendo al hombre un mundo mejor, al par que derramando los principios de caridad, fraternidad y amor á sus semejantes, cambió, si bien lentamente, la faz del mundo, llevándole por seguro derrotero á la Edad Moderna, en la que la civilización en todas sus manifestaciones tan grandes cuan portentosos adelantos ha alcanzado.

Los pueblos bárbaros contenidos durante largos años en las selvas del Norte de Europa, vencidos, que nunca

subyugados, por las águilas romanas, constituídos ora en sus auxiliares, ora en sus enemigos, viviendo una vida nómada, constantemente empujados por otros pueblos que acudían en pos de ellos y á los cuales eran estrechos los límites de la Germania, repartiéronse á la caída de Roma por todas sus provincias, y después de largas y porfiadas luchas entre sí, y de las invasiones de los hunos, alanos, vándalos, godos, ostrogodos, visigodos, francos, etcétera, lucharon por mantenerse en los territorios conquistados, quedándose al final de aquella lucha como elementos preponderantes al lado de otros bárbaros de distintas razas, los visigodos en España, los francos en las Galias, los ostrogodos en Italia, los germanos propiamente dichos en Alemania, y mezclándose con ellos los restos de los vándalos, alanos, hunos y otros pueblos que, vencidos y exterminados en diferentes guerras, quedaron sin poder bastante para convertirse en dueños y señores del terreno conquistado, constituyeron más tarde y á través de las mil vicisitudes de la historia las modernas naciones.

2.° *Los germanos.*—Los pueblos germanos, ni conocían ni podían conocer el comercio exterior, del que dadas sus necesidades no tenían precisión. Las mujeres tejían los vestidos para su uso, en sus *clans* construíanse las armas y los demás utensilios, y tan sólo cultivaban la tierra en aquello que les era indispensable, dedicándose con preferencia al ejercicio de la caza, que por regla general bastaba á subvenir á sus más perentorias necesidades. Con estos elementos, con el carácter de aquellos pueblos, con la destrucción que siguió á la invasión, de que no escaparon España é Italia, convertidas en desiertos, con el régimen feudal establecido á continuación de la conquista, con el continuo guerrear que absorbía todos los brazos, sin los que ni la industria ni la agricultura podían sobrevivir, sobrevino la total ruina, y por lo

tanto, la general miseria, así como el desarrollo de mortíferas pestes que asolaron los territorios más pródigamente dotados por la naturaleza. Nuestra patria, por todos codiciada, por todos ambicionada, no sólo por sus deseados productos minerales, sino por su rico suelo y su apacible clima, fué víctima de varias invasiones, y los visigodos, sus últimos dominadores, no sólo tuvieron que apoderarse de España, que desde largo tiempo esclavizada no opuso á los nuevos señores la enérgica y heróica resistencia que á sus antiguos dominadores los romanos, sino que debieron luchar en Francia con los francos, con el feroz Atila, y en nuestra Península con los vándalos, alanos y otros pueblos que por fin se apoderaron de parte de la antigua Iberia, sometiéndose á los visigodos si bien en último término.

La historia del comercio, redúcese, pues, en estos tiempos á la destrucción, ya que los deseos de Teodorico el Grande de abrir Rávena para el comercio, no pasaron de un estado pasajero, y esto continuó así hasta que el cristianismo alcanzó la protección de los Príncipes, desde la conversión de Recaredo, la de Clodoveo y otros Monarcas, conversiones que fueron la aurora, precursora del desarrollo que más tarde debía adquirir el comercio bajo la paz y la protección de las leyes, protección que aunque de un modo muy vago empezó á indicarse en los Concilios de Toledo y en nuestro Fuero Juzgo, verdadero monumento civilizador que se adelantó muchos años á los generales progresos de la ciencia jurídica.

3.° *Primeros adelantos en el comercio.*—La conversión de los bárbaros coincidió con algún adelanto en el comercio, pues que habiendo sido los pueblos del Norte los invasores, abriéronse grandes y nuevas vías de comunicación como el Elba y el Rhin, porque si bien de esta última tuvieron noticias los romanos, no la recorrieron

en toda su extensión. Coronado Carlo Magno y dueño de gran parte del antiguo imperio de Occidente, concibió y ejecutó empresas dignas de él, reanimó el comercio que en anteriores edades existió en las orillas del Rhin y Bale, Strasburgo, Aix la Chapelle, Colonia, Maguncia y otras poblaciones ventajosamente situadas, que se convirtieron en verdaderos centros comerciales; pero una vez muerto este gran Rey é ineptos sus sucesores para continuar su obra, encendióse la recién apagada tea de la discordia, produjose la guerra, y por último, los normandos, descendiendo de las orillas del Báltico se apoderaron de gran parte del hasta entonces imperio franco, llevaron por todas partes la desolación y la ruina y paralizaron una vez más los primeros pasos que penosamente había andado el comercio hacia su restauración.

Estos bárbaros, pueblos esencialmente marinos y piratas, devastaron las costas de Inglaterra, España, Fran-

D.ª Isabel de Valois

niados por sus jefes conocidos con el nom-
de mar, reyes de mar que comerciantes
itares, dotados de gran valor y no pequeña
cia y de refinamiento comercial, se apo-
anto cayó entre sus manos, repartiéndose
s rapiñas y regresando á sus países donde
quirido por tales medios.

rias en la Edad Media.—A la destruc-
rio de Occidente, comprendieron los Reyes
a necesidad de proteger las ciudades comer-
ciales, de las que recibían gran parte de sus ingresos; gracias á esta consideración, permitieron á las ciudades fortificarse, rodearse de fosos y encomendar su defensa á los ciudadanos de las mismas, que interesados en defender su vida, la de los suyos y su hacienda, resistíanse hasta el último extremo. Aquellos mismos Reyes, acordaron la franquicia de los impuestos sobre las mer-

tanto, la general miseria, así como el desarrollo de mortíferas pestes que asolaron los territorios más pródigamente dotados por la naturaleza. Nuestra patria, por todos codiciada, por todos ambicionada, no sólo por sus deseados productos minerales, sino por su rico suelo y su apacible clima, fué víctima de varias invasiones, y los visigodos, sus últimos dominadores, no sólo tuvieron que apoderarse de España, que desde largo tiempo esclavizada no opuso á los nuevos señores la enérgica y heróica resistencia que á sus antiguos dominadores los romanos, sino que debieron luchar en Francia con los francos, con el feroz Atila, y en nuestra Península con los vándalos, alanos y otros pueblos que por fin se apoderaron de parte de la antigua Iberia, sometiéndose á los visigodos si bien en último término.

La historia del comercio, redúcese, pues, en estos tiempos á la destrucción, ya que los deseos de Teodorico el Grande de abrir Rávena para el comercio, no pasaron de un estado pasajero, y esto continuó así hasta que el cristianismo alcanzó la protección de los Príncipes, desde la conversión de Recaredo, la de Clodoveo y otros Monarcas, conversiones que fueron la aurora, precursora del desarrollo que más tarde debía adquirir el comercio bajo la paz y la protección de las leyes, protección que aunque de un modo muy vago empezó á indicarse en los Concilios de Toledo y en nuestro Fuero Juzgo, verdadero monumento civilizador que se adelantó muchos años á los generales progresos de la ciencia jurídica.

3.° *Primeros adelantos en el comercio.*—La conversión de los bárbaros coincidió con algún adelanto en el comercio, pues que habiendo sido los pueblos del Norte los invasores, abriéronse grandes y nuevas vías de comunicación como el Elba y el Rhin, porque si bien de esta última tuvieron noticias los romanos, no la recorrieron

en toda su extensión. Coronado Carlo Magno y dueño de gran parte del antiguo imperio de Occidente, concibió y ejecutó empresas dignas de él, reanimó el comercio que en anteriores edades existió en las orillas del Rhin y Bale, Strasburgo, Aix la Chapelle, Colonia, Maguncia y otras poblaciones ventajosamente situadas, que se convirtieron en verdaderos centros comerciales; pero una vez muerto este gran Rey é ineptos sus sucesores para continuar su obra, encendióse la recién apagada tea de la discordia, prodújose la guerra, y por último, los normandos, descendiendo de las orillas del Báltico se apoderaron de gran parte del hasta entonces imperio franco, llevaron por todas partes la desolación y la ruina y paralizaron una vez más los primeros pasos que penosamente había andado el comercio hacia su restauración.

Estos bárbaros, pueblos esencialmente marinos y piratas, devastaron las costas de Inglaterra, España, Francia é Italia, guiados por sus jefes conocidos con el nombre de *reyes de mar*, reyes de mar que comerciantes al par que militares, dotados de gran valor y no pequeña dosis de astucia y de refinamiento comercial, se apoderaron de cuanto cayó entre sus manos, repartiéndose el fruto de sus rapiñas y regresando á sus países donde vendían lo adquirido por tales medios.

4.° *Las ferias en la Edad Media.*—A la destrucción del imperio de Occidente, comprendieron los Reyes y los señores la necesidad de proteger las ciudades comerciales, de las que recibían gran parte de sus ingresos; gracias á esta consideración, permitieron á las ciudades fortificarse, rodearse de fosos y encomendar su defensa á los ciudadanos de las mismas, que interesados en defender su vida, la de los suyos y su hacienda, resistíanse hasta el último extremo. Aquellos mismos Reyes, acordaron la franquicia de los impuestos sobre las mer-

cancías á los comerciantes que se trasladaban á sus asambleas, asambleas que los franceses llamaron ferias y que tuvieron lugar en primer término en las principales etapas del camino comercial de Europa, en Constantinopla, Kiew y Francfort. Estas ferias atrajeron desde sus comienzos gran número de forasteros, mercaderes y artistas, ávidos de gozar de los placeres que ofrecían ó de dedicarse á su negocio, ganando alguna cantidad, motivos por los que adquirieron una grande prosperidad, y fueron en Alemania, Italia y Francia el centro donde gravitó toda la vida industrial.

A esas reuniones periódicas acudía, como hoy día á las exposiciones, el fabricante de lienzos con sus tisús más finos, el armero con sus lanzas y armaduras más preciosas, el mercader oriental con sus especias, perfumes, bálsamos, telas de seda, oro y plata, España con sus cueros y sus preciados caballos, y, por último, gran número de forasteros ávidos siempre de disfrutar de las fiestas y los torneos, accesorios indispensables de este género de reuniones.

En medio de esta muchedumbre tan diferente en sus clases y estados, circulaba silencioso y humilde, aunque pendiente de sus intereses, el judío, agente detestado, pero no por eso menos útil en todo género de transacciones. Fijaba los usos para el pago y libramiento de las mercancías, servía de intermediario en las operaciones más delicadas entre los señores y los mercaderes, prestaba á unos, cobraba de otros, y perseguido y envilecido por todos, hacía su fortuna, ya que era el único que en medio de la ruina general del comercio, había conservado las enseñanzas y prácticas de los cartagineses y fenicios: á ellos se les debe no pocos adelantos en el comercio, entre otros la invención de la letra de cambio.

Para terminar con este período que alcanza hasta las

cruzadas, réstanos indicar que mientras Francia, privada de un gobierno central bastante prepotente, Italia fraccionada en multitud de señoríos independientes entre sí, y España combatiendo contra los árabes por su reconquista, se arruinaban en continuadas guerras, Alemania bajo las dinastías de Suavia y Franconia, continuaba y desenvolvía el movimiento comercial entre Europa y el Oriente, reservándose en aquella nación todos los favores y todos los privilegios á los comerciantes y á las ciudades comerciales.

Al Este de Alemania, las caravanas de mercaderes recorren cada día en mayor número los bordes del Mar Negro, los caminos de India, Persia y Constantinopla, se procuran los productos del Asia central por sus relaciones con los rusos de Kiew, verifican con las tribus paganas de la Livonia, con los hunos y los magiares un comercio de los más activos y provechosos. Las sales, los metales, los tisús de pelo y de lana, les sirven de objetos de cambio, y lo hacen con tanta mayor ganancia, cuanto que en estas diversas ramas de la industria los alemanes han sobrepujado á los países vecinos.

Más adelantados que los alemanes y más que ningún otro pueblo, los árabes, conquistadores de España, sostenían una porfiada guerra con los exiguos restos de los españoles guarecidos en los últimos rincones de la Península, y en la parte conquistada, repartían nuevas semillas que produjeron magníficos frutos, canalizaban el país, y en todas partes dejaban próspera huella de su civilización y progreso.

5.° *Las cruzadas.*—El imperio de Oriente y su capital Bizancio, que tanto esplendor adquirió bajo el reinado de Constantino, decayeron bajo sus inmediatos sucesores, pero aislados del resto de Europa y por ende separados de su fatal contagio, conservaron los restos de la